

CAPITULO XV.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA MANIFESTACION LATINA.

APARICION DE LA LITERATURA VULGAR.

Rápida ojeada sobre la literatura hispano-latina.—Principales caracteres del ingenio español en todas sus edades.—Aparicion del elemento hebráico-oriental.—Su introduccion en la elocuencia y poesía cristiana.—Reflejase en la hispano-latina.—Varia suerte de las letras despues de la invasion sarracena.—Contribuyen algunos varones respetables á su restauracion en Italia y Francia.—Acuden á nuestras antiguas escuelas doctos extranjeros.—Efectos de este comercio literario.—Restablecimiento de las disciplinas clericales y de la nocion aristotélica.—Antagonismo entre la civilizacion y poesía arábica y la española.—Desarrollo de la poesía latino-elesiástica en todas sus fases.—Aspiran las hablas vulgares al dominio de la poesía popular.—Redúcese el latin á la categoria de lengua muerta.—Espontaneidad de los cantos populares.—Errores de los críticos sobre este punto.—Influencia arábica é influencia franco-provenzal: verdadera época en que una y otra pueden insinuarse.—Progresos de las poesías populares hasta ser escritas.—Su divorcio con la latino-elesiástica.—Su propension á representar nuestra nacionalidad literaria.—Unidad del ingenio español en sus diferentes manifestaciones.

Llevamos recorrido el dilatado espacio de doce siglos, período en que hemos visto consumarse las más grandes revoluciones políticas y sociales, percibiendo en medio de tan memorables trastornos los peregrinos ecos de la musa española, que ya lamenta la

pérdida de la libertad y ruina del mundo antiguo, ya solemniza el triunfo del cristianismo, santificando el valor y la sublime entereza de los mártires; ora defiende la integridad y pureza del dogma contra los embates de la herejía; ora limpia y purifica de todo contagio de gentilidad las costumbres públicas y privadas, exaltando el entusiasmo religioso bajo las bóvedas del templo; y ora en fin reanima y fortifica el espíritu de independencia, fundiendo en uno los dos grandes sentimientos que servían de base á la regeneración total de la nación española. Abrazando ese largo y difícil periodo la historia de una sola lengua escrita, comprende, sin embargo, la de dos diferentes literaturas. La literatura gentílica (clásica) y la literatura cristiana (romántica) tienen por único medio de expresión en el suelo de la Península Ibérica la lengua del Lacio, que perdiendo sucesivamente su magnificencia y esplendor en medio de la oscuridad de los siglos, no puede ya sostener su imperio sobre la muchedumbre, reducida al cabo al dominio de la Iglesia y siendo exclusivo patrimonio de los doctos. Este momento solemne, en que, amasados con sus ricos despojos, aparecen los idiomas vulgares para disputar á la lengua latina su antigua supremacía, interpretando con mayor ingenuidad los regocijos y dolores, los deseos y esperanzas de grandes y pequeños ¹, es indudablemente de suma importancia en la historia del arte moderno, porque dándonos el primer testimonio de su existencia, nos advierte al par que ha dejado de ser popular el habla de Cicerón y de Virgilio, para merecer el significativo título de lengua muerta.

Mas si domina, mientras vive, en ambas literaturas, merced á la omnipotencia de la República y del Imperio romano y á las venerandas tradiciones del cristianismo, no se olvide que la historia de la literatura latina, propiamente hablando, no fué, ni pudo ser completa en las Españas, bien que no por esto hubieron de aparecer menos sensibles las consecuencias que en ellas pro-

¹ Véanse las *Ilustraciones* (núm. II), donde, según dejamos advertido, procuramos dar toda la extensión que realmente exige, á la investigación de los orígenes y formación de las lenguas romances, cuya aparición histórica hemos reconocido ya en los capítulos precedentes.

dujo. Cuando, vencidos en desastrosa y porfiada lucha los antiguos moradores de Iberia, logró atarlos á su coyunda de hierro el Senado de Roma, largo era el trecho andado por aquella literatura, que al enriquecerse con los envidiados tesoros del Ática, perdía no pequeña parte de su nativo vigor é independencia. Ninguna muestra de su lozania y frescura habían dado hasta entonces los ingenios españoles en el cultivo de las letras latinas: oprimidos, ahogados bajo el peso de una dominación militar, cuyos más celebrados y virtuosos caudillos hacían alarde de crueldad sin ejemplo ¹, faltóles ánimo para protestar siquiera contra las violencias que los aniquilaban; y enojados profundamente contra el nombre romano, negáronse á modular, así sus himnos de victoria como sus cantos de dolor, en aquella lengua que les imponía, con la dureza de las armas, la política del Senado. Reparadas un tanto por la mano de los Césares las graves ofensas que exacerbaban su espíritu, halagados por los dones de la paz (ya lo hemos visto en lugar oportuno), brotaron por todas partes cultivadores de la poesía y de la elocuencia, y á los toscos y desaliñados poetas de Metelo, ludibrio de la culta Roma, vinieron á reemplazar en breve generosos cantores, cuyas sublimes y desusadas armonías atraen sobre España, si no el respeto, la estimación al menos de la Señora de las gentes.

Pero al verificarse este cambio, importantísimo como trascendental en la historia de la civilización española, no solamente había perdido el arte romano la viril energía de sus primitivos himnos guerreros, no solamente se había confesado mero imitador de las letras helénicas, sino que decaída ya la tribuna, con la destrucción de la República, y abandonada la poesía en brazos de la sátira con la corrupción de las costumbres, estaba ya herido de muerte ². Sólo alcanzaron pues los ingenios españoles á lamentar

¹ Recuérdese cuanto sobre este punto dijimos en el cap. I, y con especialidad desde la pág. 13 en adelante.

² Mr. W. F. Hegel, coincidiendo en estas ideas, dice: «El arte clásico termina con la sátira: no pudiendo ya dominar la idea, la combate... La sátira es la forma de transición, con que dá fin el arte latino» (*Curso de Esthética*, tomo II).

la postracion moral y política del pueblo, cuya grandeza los admiraba, doliéndose de la esclavitud de aquella literatura, cuyas bellezas saboreaban tal vez demasiado tarde: oradores, aspiraron á dar nueva vida á la tribuna: poetas, pensaron restituir su antiguo vigor al sentimiento de la libertad, enervado por los deleites y embotado por los crímenes ¹: historiadores, procuraron despertar, con las severas y magníficas tradiciones de la República, el amortiguado patriotismo: preceptistas, acudieron á conjurar la ruina del arte, que fiel reflejo de la sociedad, se precipitaba, como ella, en insondable abismo: filósofos, contemplaron, vacilantes entre los caducos sistemas que aceptan y reprueban al par, la horrible ansiedad que devoraba al antiguo mundo, y aspiraron, más generosos que discretos, á concertarlos y hermanarlos, presintiendo acaso la universal trasformacion que habia comenzado á realizar la doctrina del Crucificado.

No otro parecia ser el empeño contraído por los ingenios españoles desde el punto en que Porcio Latron abre en Roma su celebrada escuela de retórica, siendo aclamado cual digno maestro de la juventud dorada, hasta que dadas ya á luz por Quintiliano sus aplaudidas *Instituciones*, ejerce el magisterio en la misma capital Antonio Juliano. Mas así como al arrimar el hombro para sostener el vacilante edificio de la literatura greco-latina, no vieron que, apoyándose principalmente en el sentimiento de su propia nacionalidad, sólo podían contribuir á su más pronto fracaso, tampoco advirtieron que desplomado ya, no habia fuerzas humanas para restituirle su antigua majestad y su pristina belleza. Dióles sin embargo la misma independencia de su carácter alta significacion en la historia de aquella literatura, que falta de fuerzas para defender sus conquistas, y combatida al propio tiempo por incontrastables elementos, cedió al impulso de su fogosidad, olvidada al estruendo de los aplausos, con que saludaba la capital del mundo los nombres de Porcio Latron y Marco Ánneo, Lucio Ánneo y Lucano, la gloria de Ciceron y de Virgilio.

De exíguo valor serian para nosotros semejantes hechos, si al examinar las obras de tan renombrados ingenios, sólo bellezas

¹ Téngase presente la causa del suplicio de Séneca y de Lucano.

hubiéramos encontrado en ellas, dejándonos llevar de la corriente de los que canonizan sus extravíos para sacarlos limpios de toda culpa en la decadencia de las letras latinas ¹. Esta manera de juzgar podia únicamente producir lamentables contradicciones, renunciando á los medios de explicar la índole propia de aquella elocuencia y de aquella poesía, destinadas á trasmitir á las generaciones futuras sus peregrinos ecos, por entre las grandes revoluciones y trastornos que estaban amenazando la existencia del antiguo mundo, fin principalísimo de nuestras vigiliass. Porque ni la aspereza y arrebatada facundia de Porcio Latron, ni la fogosa osadía é hiperbólica exuberancia de Lucio Ánneo Séneca, ni la pintoresca y encendida grandilocuencia de Lucano eran en ellos prendas absolutamente personales, dando por el contrario inequívoco testimonio de la enérgica nacionalidad española, que sólo habia podido manifestar de esta forma su vitalidad y su fuerza en el gran concurso de los pueblos, sujetos por Roma al carro de sus triunfos. Aquellas cualidades intrínsecas, connaturales é inherentes á la vida de la musa ibérica; aquellas dotes especiales que aparecen á la contemplacion de la crítica, independientes de toda influencia momentánea; en una palabra, cuanto constituye y dá fisonomía á la originalidad oratoria y poética de los ingenios cordobeses, al ser comparados con los aragoneses y aun con los sevillanos, digno era por cierto de madura consideracion, pues que, revelando aquella manera de orientalismo, que habia echado raíces en el suelo de la Bética ², y sobreviviendo á las trasformaciones de la sociedad, debia reproducirse, despues de muchos siglos, con igual energia, tanto en los cantores latinos del cristianismo como en los poetas castellanos, constituyendo así la unidad

¹ Tal sucede principalmente con los eruditos Mohedanoss y con el diligente abate Lampillas; pero ni la acrimonia de Tiraboschi, á quien el último impugna, ni la insistencia de Mr. Nisard, que sigue, aunque bajo distinto aspecto al historiador italiano, han podido apartarnos de la imparcialidad que nos sirve de norte: *quien todo lo niega* (dice el proverbio), *todo lo concede*, despojándose además de los medios de hallar la verdad, á que debe aspirar toda crítica ilustrada y filosófica.

² Véanse el cap. I, pág. 8, y el cap. III, pág. 121 del anterior volumen.

interna del arte español, amplísima é indestructible base de la nacionalidad literaria de la Península Ibérica.

Prueba y justifica la exactitud y oportunidad de estas observaciones, el breve paralelo que en su lugar hicimos, de las principales dotes que resplandecen en tan señalados escritores con las que brillan en el célebre Juan de Mena, preciado ornato de la erudita corte de don Juan II, y en el esclarecido don Luis de Góngora, padre de la escuela culterana ¹; paralelo que tendremos también ocasión de establecer respecto de otros ingenios en el proceso de la historia, y que han podido hacer con poco esfuerzo los lectores, al reconocer la índole y genial fisonomía de los escritores cristianos del Califato.—Y es lo notable que no sólo respecto de los ingenios que nacen en el suelo de Córdoba, llamados á ejercer cierta influencia revolucionaria en la historia de la elocuencia y de la poesía española, existe esa prodigiosa semejanza, cualesquiera que sean el tiempo y las circunstancias que los separen: la comparación establecida entre Marcial y Lupercio Leonardo de Argensola, Columela y Rioja, Silio Itálico y Pedro de Quirós, presentando á estos cultivadores de la poesía latina y castellana cual celosos partidarios de las tradiciones artísticas, y devotos imitadores de la belleza de las formas clásicas, enseña de una manera clara y distinta que no alcanzan los cambios religiosos, sociales y políticos á borrar los rasgos peculiares que animan en cada comarca de las Españas al ingenio español, cuyas diferentes cualidades constituyen en maravilloso conjunto el gran carácter de nuestra literatura ².

Estos lazos secretos, que dan á su historia un fondo de admirable unidad, en medio de la variedad extraordinaria de elementos que van sucesivamente acaudalándola, no se rompen ni debilitan, al dejar de ser la lengua latina intérprete del arte gentilicio, para servir de instrumento á la nueva elocuencia y poesía, que iban á recibir el nombre de *cristianas*. Predicada la doctrina católica en el idioma hablado de uno á otro confín del Imperio, debía ser este el medio más adecuado de que se valieran los Pa-

¹ Cap. III, pág. 140 y siguientes.—V. el cap. IX de la III.ª Parte.

² Cap. IV, pág. 162 y siguientes.

dres de Occidente para defensa de la misma doctrina, al emprenderse aquella lucha gigantesca entre el politeísmo y la sublime enseñanza del Crucificado; lucha que exaltando la fé de los confesores y los mártires, no solamente levanta la elocuencia á las desconocidas regiones, adonde jamás había llevado su vuelo, sino que en el día del triunfo produce también los primeros cantos de la musa sagrada. Halló esta legitimada la lengua de Horacio, y consagróla también en cien y cien himnos, que reflejando viva y poderosamente el amor y la esperanza del mundo cristiano, se vistieron de las formas artísticas creadas por la gentilidad, bien que purificándolas de la repugnante grosería y torpeza con que las había manchado el monstruo del sensualismo ¹.

Cupo entonces á los ingenios de Iberia la gloria de ser los primeros á tomar parte en el nuevo y maravilloso concierto, levantado en todos los ángulos de la tierra, para solemnizar la gran victoria del Evangelio; y al respetuoso y grave acento de C. Vecio Aquilino siguiéronse en breve los apasionados cantos de Aurelio Prudencio, que ya ensalzando la virtud de los mártires, ya pintando las luchas interiores del alma, venían á demostrar que no se había apagado la luz que ilumina los simpáticos versos de Marco Valerio, cuando, lejano de las liviandades de los hombres, hablan en sus labios la verdad y la filosofía ². Inflamada más tarde la elocuencia de Orosio por las calumnias del paganismo, y exaltada la musa de Draconeio por la crueldad de los bárbaros y la pertinacia de la herejía, mientras son acusados por los retóricos modernos de afectada hinchazón y oscuridad, dándoles el mote de *africanos*, revelaban en sus *Historias* y en sus *Poemas* que habían sobrevivido á la gran catástrofe del mundo gentilicio el genio impetuoso y la rica imaginación de los Sénecas y de los Floros ³.

Mas esta ardiente cuanto generosa inclinación de los ingenios españoles á lo grande y lo maravilloso, debía aparecer en los cultivadores del arte cristiano, nuevamente excitada por un elemen-

¹ Recordamos aquí el lastimoso cuadro que en el cap. V bosquejamos, valiéndonos para ello de las declaraciones de los Padres.

² Véase el cap. III, citado arriba.

³ Cap. VI, pág. 264 y siguientes.

to, de todo punto desconocido de los poetas y oradores de la gentilidad, que alegando legítimos títulos á la estimacion de doctos é ignorantes, estaba llamado á ejercer no escasa influencia en el desarrollo de las modernas literaturas ¹. Tal era el elemento hebraico-oriental, traído al seno de las naciones occidentales por los apóstoles del cristianismo. Iniciado ya en la elocuencia sagrada desde el primer instante de la predicacion evangélica, habíase generalizado con el asiduo estudio y contemplacion de las *Santas Escrituras*; y penetrando al cabo en el terreno de la poesía, llegaba á imprimir determinado carácter á los himnos religiosos.— Un pontífice y poeta español del siglo IV, á quien debió la Iglesia señalados servicios, fué el primero, segun en su lugar advertimos, que introduciendo en la liturgia el canto de los salmos, abrió de lleno las puertas de la literatura latino-elesiástica á las inspiraciones orientales, dando egemplo en sus numerosas poesías, inauguradas con una oda en alabanza de David [*in laudem Davidis*], de aquel linaje de imitacion, que debia refrescar y aun dar nueva vida á los caducos elementos del arte gentilico. Recibida pues esta legítima y saludable influencia por el cantor de la *Virginitad* ², por el virtuoso San Dámaso, cundia naturalmente á todos los escritores cristianos, que contemplando en el *Nuevo y Viejo Testamento* las verdaderas fuentes de la elocuencia y de la poesía sagrada, acudieron á ellas para beber la luz que ambicionaban. Este nuevo faro, que brilla de lejos á los ojos de Yuvenco, cuya musa procura empapar sus alas en las corrientes del Jordán ³, resplandee con mayor fuerza á vista de Aurelio Clemente, ilumina las patéticas pinturas de Draconcio, y anima por último la vigorosa frase de Orosio, infundiendo nueva fuerza á la peregrina llama del orientalismo, que habia brillado en las regiones

¹ Cap. IX, juicio sobre las obras de San Julian, pág. 404.

² Este poema de San Dámaso no se halla entre sus obras: cítole San Gerónimo en el núm. XII de su *Epistola ad Eustochium* (que es la XXII.^a de la edicion de Verona), recomendando enérgicamente su lectura.

³

...Puro mentem riget anme canentis
Dulcis Iordanis, ut Christo digna loquamur.

(In *praefatione Hist. Christi*, vs. 34 y 35.)

de la Bética desde la más remota antigüedad, é iluminado, cual vá oportunamente advertido, el genio de los Sénecas y Lucanos.

Pero si sorprendemos ya en las obras de estos cultivadores de las letras cristianas, al lado de aquellas dotes características del ingenio español, esos decisivos rasgos del genio oriental, que fecundan ó imprimen nuevo sello á las formas exteriores del arte gentilico, más sensible se muestra aun este interesantísimo matrimonio, al fijar la vista en las producciones del episcopado hispano-visigodo. Sólo el estudio de las *Sagradas Escrituras* habia podido sostener en su mayor pureza el dogma católico contra los combates y persecuciones del arrianismo; y sólo en el estudio del Evangelio y de la Biblia halló la elocuencia las armas de fino temple que habia menester para alcanzar la gran victoria, solemnizada en el tercer concilio Toledano. Preparada esta por los nobles esfuerzos de Justo Urgelitano, Apringio Pacense y tantos otros como en tan memorable lid defendieron la integridad de la creencia ¹, adquiria el elemento bíblico entera supremacia en la literatura hispano-elesiástica, que reanimada al par con los estudios griegos, traídos al centro de la Península por la autoridad y egemplo del gran Leandro, aparece á los ojos de la critica en cierta manera de renacimiento. Hermanados, fundidos por la religion el genio español y el genio hebraico oriental, asociáronse estrechamente la hipérbole de David y la hipérbole de Lucano, y comunicaron á la entonacion poética y oratoria especial fisonomia, que á pesar del decidido empeño del grande Isidoro, para restablecer la nocion pura del arte y de la ciencia del antiguo mundo, no solamente llegó á reflejarse en sus propias obras, sino que trascendió con extraordinaria fuerza á las de sus discípulos ².

¹ Cap. VII, pág. 304 y siguientes.

² Sobre todas las obras de San Isidoro que por el propósito didáctico que las guía, tienen más exactitud que gala de lenguaje, resalta el libro titulado *Synonima*, cuyo argumento y cuyo mérito reconocimos oportunamente (capítulo X). Escrito con cierto intento oratorio, pareció este servir, como antes notamos, de modelo al libro de *Virginitate*, debido á San Ildefonso, cuya vehemencia y extraordinario arrebato estan revelando la influencia bíblica, á que en este lugar nos referimos.—Ya saben los lectores que San Ildefonso dió, como su maestro, el título *De Synonimis* á este peregrino tratado.

No otros son en verdad los fundamentos de la elocuencia de Ildefonso, Julian y Valerio, cuya fogosa imaginación se derrama en frecuentes antítesis, osadas metáforas y exagerados y aun violentos símiles, excediendo los límites de la pasión y del sentimiento, y ostentando, especialmente los dos primeros, exuberancia tal de voces y conceptos, que no sin alguna razón han merecido la nota de verbosos, hinchados y declamatorios ¹.

No alcanza la posteridad á comprender cómo se manifestó en las poesías de estos ilustres varones la doble huella del genio español y del arte oriental, pues que sus versos no han llegado desgraciadamente á nuestros días, según en su lugar propio advertimos: los de Eugenio III, así como los numerosos himnos cantados por Iglesia y pueblo desde Narbona á Cádiz y desde Finisterre á Barcelona ², enseñan sin embargo á conocer cómo amalgamados perfectamente aquellos importantísimos elementos bajo las formas exteriores de la poesía greco-latina, constituyen el fondo principal de su carácter, y cómo solemnizando todos los actos de la vida pública y llorando todas las calamidades de la grey católica, prometían trasmitirse á las edades futuras con nuevo y más popular desarrollo.

En esta manera se iba consolidando el arte cristiano-latino, cuya esfera de actividad se ensanchaba notablemente, merced á los fecundos esfuerzos del doctor de las Españas, cuando extrañado tan generoso impulso por la escandalosa corrupción de la monarquía visigoda, vino la invasión mahometana á paralizarlo un punto, bien que recobrará muy en breve sus antiguos senderos. No se interrumpió en efecto, ni pudo interrumpirse la tradición bíblica de los estudios, como no se borraron tampoco los recuerdos del arte greco-latino, atesoradas las sublimes enseñanzas de las Sagradas Escrituras, y consignados los cánones de Horacio y Quintiliano en el gran libro de las *Etimologías*. Quebrantóse la unidad de aquella literatura, así como fué despedazado el territorio; pero los dolorosos ecos de Isidoro Pacense, de Etherio y de

¹ Cap. IX, pág. 396 y siguientes.

² Véase la disposición, que sobre la unidad del canto religioso y de los himnos dictó el IV concilio de Toledo, en las *Ilustraciones* del tomo I.

Beato, mostraron en medio de la conturbación que el peso de la gran catástrofe de Guadalete no había sido bastante á sofocar el sentimiento patriótico, ni el sentimiento religioso, brillando más tarde con toda pureza en la arrebatada elocuencia de Esperaindeo, Eulogio y Paulo Álvaro, padres y maestros de aquellas escuelas cristianas ¹, cuya evangélica sencillez contrastaba por extremo con la pompa mundanal de las escuelas del Califato.

Digno es por cierto de toda consideración y estudio: el arte cristiano-latino, nacido para difundir, exaltar y defender la doctrina evangélica, personificando, digámoslo así, la gran revolución moral operada en el mundo, sostenía en el suelo de Córdoba á mediados del siglo IX la más porfiada lucha para sacar limpia de toda mancilla su antigua independencia, apoyándose al par en el elemento hebreo y en el elemento greco-romano, y presentando en sus cultivadores las mismas cualidades intrínsecas que habían resplandecido en los Latrones y los Sénecas. Y para que resaltara más aquella semejanza, el patético y varonil acento de los discípulos de Esperaindeo parecía anunciar el total aniquilamiento de las letras *mozárabes*, así como los cantos de Lucio Ánneo y de Lucano mostraron al mundo que la gran literatura del siglo de Augusto se precipitaba en espantosa decadencia ².

Lenta y difícilmente se reponían las letras entre los cristianos independientes, entregados al ejercicio de la guerra, necesidad

¹ Como tuvimos ocasión de indicar en el cap. XII (pág. 78 y siguientes), existían estas escuelas en las basílicas y monasterios, ya dentro de la ciudad de Córdoba, ya en sus alrededores. Las más celebradas fueron las de San Cipriano, San Acisclo, San Zoilo y los santos Fausto, Yanuario y Marcial, repetidamente citadas por San Eulogio, Álvaro y Leovigildo (*Memor. Sanct.*, lib. II, caps. I, V, VIII, IX y XII; *Vita B. Martyr.*, *Eulog.*, núm. II; *De Habitu clericorum, España Sagrada*, tomo XI, pág. 522). No merecieron menor aplauso los monasterios Tabanense, Cateclarense y Peñamelariense, donde no sólo florecieron doctos varones (*Memor. Sanct.*, *saepe*), sino que brillaron también en el cultivo de las sagradas escrituras insignes vírgenes, tales como Aurea y Columba, Digna y Pomposa, siguiendo el noble ejemplo de Florentina. Sus nombres, gloria de las escuelas que inmortalizan Esperaindeo, Álvaro y Eulogio, ilustraron también los anales del martirio (Véase la nota 1 de la pág. 92).

² Cap. XII, pág. 119 y siguientes.